



La BERREA en La RIOJA

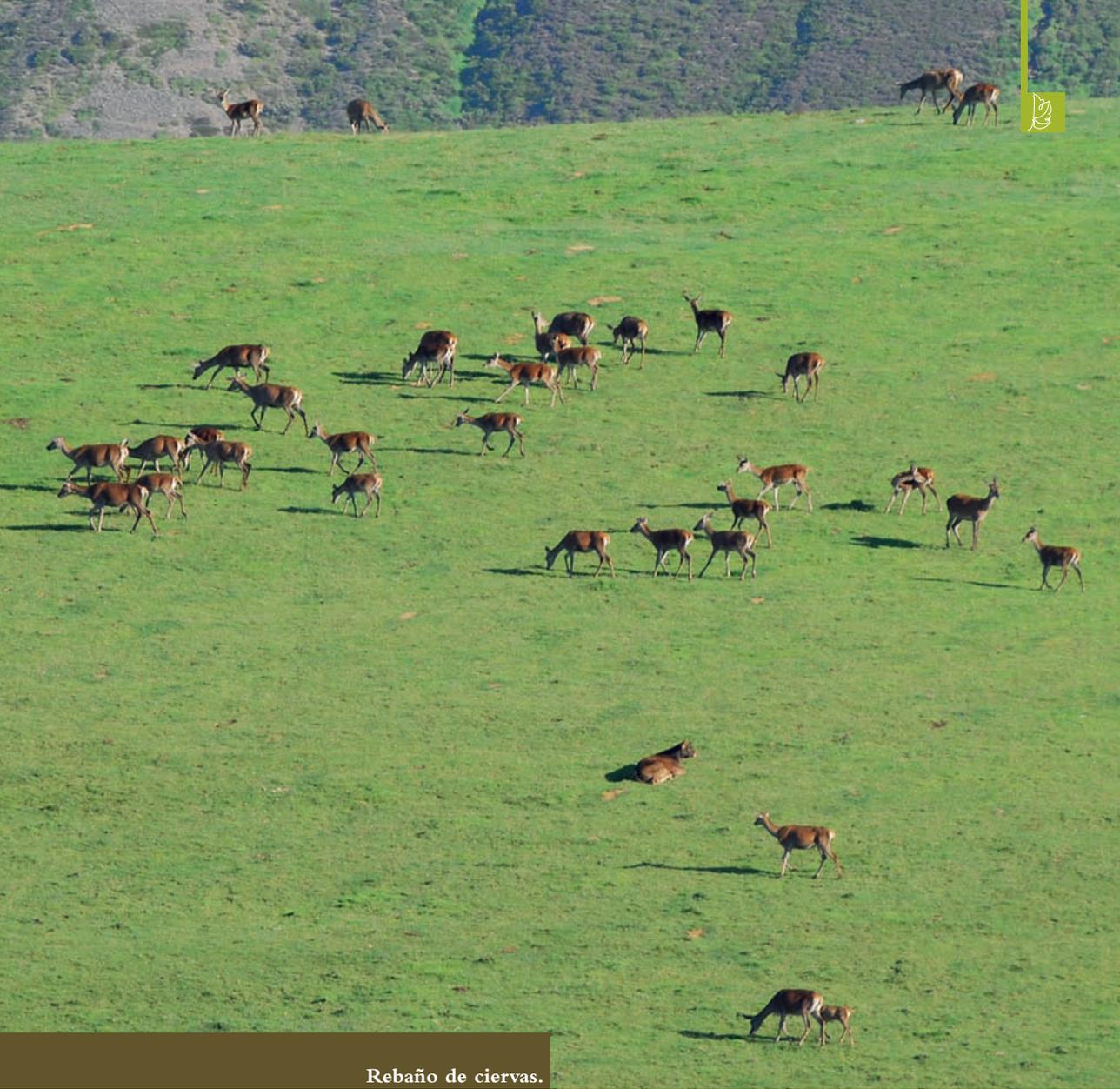


TEXTO: Pedro Matute Lozano y Héctor Alonso Martínez
FOTOGRAFÍAS: Jesús Guridi y Jesús Donamaría

Las primeras borrascas del otoño vienen a refrescar el campo después de un cálido y seco verano. Las temperaturas abandonan sus máximos anuales y el día ve recortadas sus horas de luz. Todo indica el cambio de estación.

Pocos sonidos marcan tan acusadamente este cambio en nuestras sierras como la berrea del ciervo. Sus bramidos alcanzan su apogeo entre San Mateo (21 septiembre) y San Miguel (29 de septiembre). Dependiendo del año se puede adelantar unos días y aún pasado el Pilar se puede oír berrea.

A esta banda sonora se suma el espectáculo que supone el cambio de color de los bosques que pueblan las laderas y arroyos. El panorama con el que se encuentra el visitante del monte no puede ser más atractivo. Maguillos, mostajos,

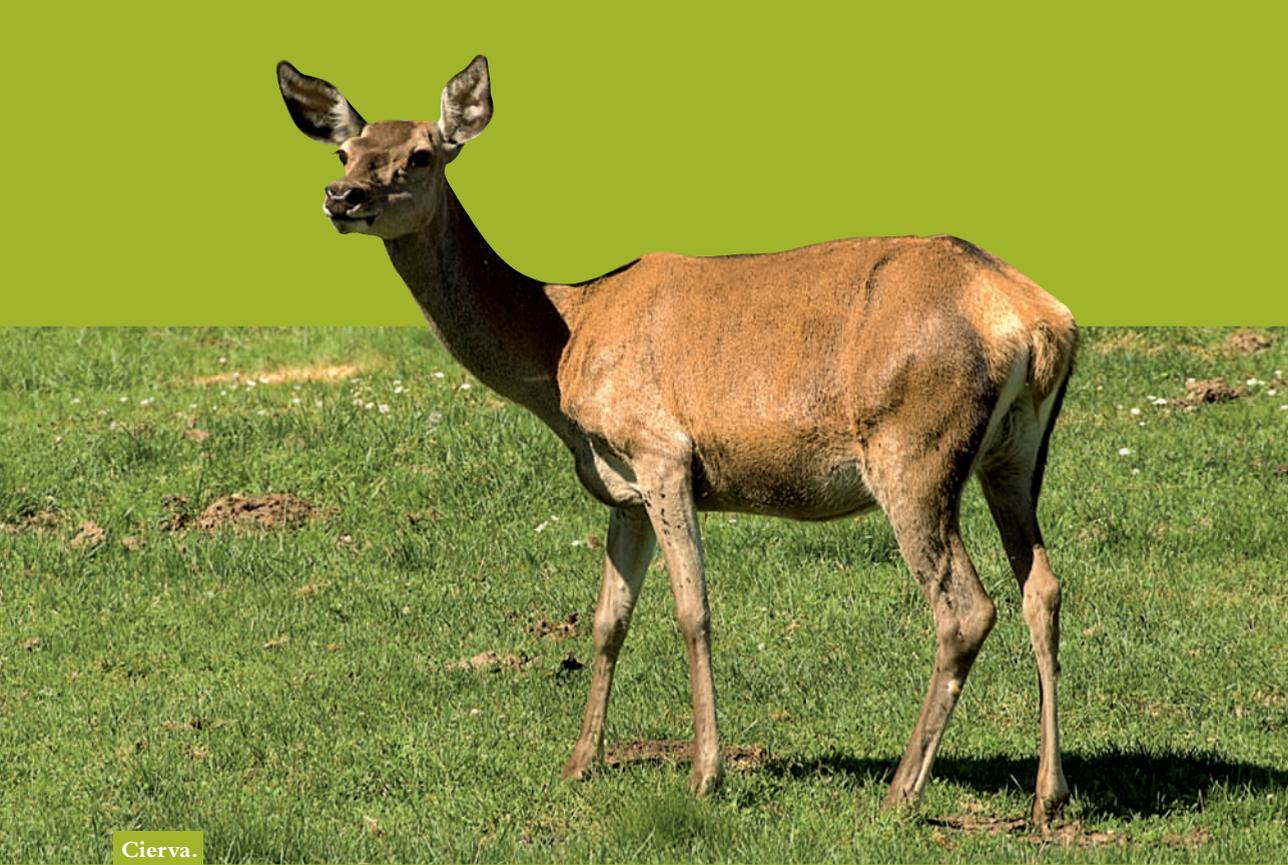


Rebaño de ciervas.

arces, cerezos, serbales, se intercalan entre los hayedos y pinares de silvestre, describiendo una amplia variedad cromática. Chopos, sauces y fresnos jalonan las vaguadas beneficiados por la humedad. El monte adquiere tonalidades cálidas, contrastando con el frío ambiental. Rojos, ocres y amarillos en las arboledas y en los pastos agostados de las cumbres y majadas imitan los tonos que esta misma época se extienden por las viñas de Valle del Ebro. En La Demanda y Los Cameros, comienza la temporada de setas y, en seguida, la de palomas volando hacia el sur.

El celo

Cada año, cuando llega el otoño, los ciervos entran en celo. En esta época, al contrario que el resto de animales del bosque, el ciervo derrocha en su apareamiento toda la energía acumulada durante la primavera y el verano. Sus vecinos, por el contrario, se dedican a aprovechar al máximo los frutos maduros de endrinos, maguillos o quizá las primeras bellotas, sabedores de que no quedan muchas jornadas para que un amanecer les sorprenda con el manto de las primeras nieves.



Cierva.

Los dos sexos, que durante todo el verano han vivido separados, se agregan incitados por el instinto reproductor ante la llamada de los días cada vez más frescos y cortos que caracterizan el equinoccio de otoño. Los machos apenas se han dejado ver durante todo el año, precavidos y ausentes. Han pasado el verano ocultos en lo más escondido de los escobonales de Ezcaray o del Alto Najerilla o entre las estrepas de Monte Real o Zarzosa, huyendo de las altas temperaturas. Pero, de repente, todos aparecen. Decenas. Ahora se muestran atrevidos, a plena luz del día. Por otro lado, los rebaños de ciervas con sus crías se pueden ver pastando por las praderas, los lugares que eligen los machos para berrear: zonas abiertas, en orlas de bosque o majadas entre matorrales.

Los machos dominantes, no necesariamente los más grandes, sino los más vigorosos y fuertes, marcarán un territorio en el que no tolerarán a otros machos y en el que intentarán mantener a cuantas ciervas le sea posible, formando lo que se denomina un harén. La forma que tiene el macho de manifestarse y defender su territorio es mediante diferentes tipos de señales, de las cuales, la berrea sólo es la más aparente para nosotros.

El bramido de la berrea define el vigor del macho de cara a las hembras y acota el territorio a sus rivales.



Ciervo en berrea.

El celo es, ante todo, una situación hormonal. La emisión de hormonas a través de numerosas glándulas repartidas por todo su cuerpo transmite una señal olorosa tanto a las hembras, denotando su condición y estado de sementales, como a otros machos, avisándoles de su presencia y posesiones. Las glándulas se localizan en las pezuñas, en la zona perianal o junto al meato, impregnando la orina en la que se llega a revolcar para aumentar su olor corporal y hacer desistir a sus posibles competidores de incursiones en su harén. Otras de esas glándulas se encuentran en la testuz, de manera que, al frotar sus cuernas contra arbustos y arbolillos, no sólo dejan marcas muy vistosas, sino también olorosas.

La berrea

Sin embargo, el hecho más característico del celo del ciervo es la berrea, que da nombre al mismo estado y comportamiento de los machos, aunque concretamente se refiere al

sonido que emiten éstos, como un bramido bronco y áspero parecido al mugido de una vaca. Para emitirlo, el ciervo adquiere una postura característica, estirando el cuello y sacando la lengua. Es una señal auditiva con finalidad múltiple: por un lado define el estado y vigor del macho cara a las hembras, denotando su condición de semental de gran



Venado.



Fotografía: CENEAM. Ministerio de Medio Ambiente

vigor, el mejor padre para sus crías; por otro delimita cara a otros machos su territorio y harán en posesión, avisando de su poderío para que no intenten nada con sus hembras.

Los machos más viejos entran primero en celo, normalmente de forma puntual y solitaria sin entrar en verdadero enfrentamiento por un grupo de hembras. Los que están en su plenitud sexual (de los 7 a los 9 años), comienzan a berrear un poco después y serán los que carguen con la mayor parte de la actividad reproductora. Los machos jóvenes se esconden y dedican su tiempo a alimentarse.

El hecho más característico del celo del ciervo es la berrea, se refiere al sonido que emiten éstos, como un bramido bronco y áspero parecido al mugido de una vaca.

Alguno, más osado o de más edad, se atreve a desafiar a los machos dominantes, pero el esfuerzo suele ser en vano. No obstante, asisten al ritual esperando que, en un momento de descuido, puedan acceder a alguna hembra que se haya alejado de la zona controlada por el macho dominante.

Sin prácticamente descanso, los machos de ciervo se dedican durante estas dos semanas largas que dura la época de apareamiento a perseguir a las hembras a medida que se muestran receptivas. Es típico verlos alzando el labio superior a la búsqueda de las señales químicas que denotan inequívocamente el estro de las hembras. Las crías de éstas, nacidas en mayo o junio, asisten ajenas y normalmente alejadas del escenario principal. Quizá algunas sean ya protagonistas la siguiente temporada, eso si son capaces de soportar el próximo invierno.

Luchas

El enfrentamiento directo entre machos es el otro hecho propio de la berrea, aunque suele ser más una excepción sobreponderada que un hecho habitual. En general, los machos dilucidan sus disputas por el harén sin llegar al contacto, evaluando su fuerza y vigor evitando pelear. Ellos saben que es demasiado peligroso dado el potencial destructivo de sus cuernas y las graves consecuencias que una herida puede tener. Cuando surgen disputas entre dos machos lo más normal es verlos caminar en paralelo, midiendo sus fuerzas mutuamente. Intentan ganar posiciones privilegiadas uno sobre otro y para demostrar su poderío, además de exhibir su cornamenta, acometen contra arbolillos o arbustos, rompiendo sus



Ciervo con hembras.

ramas o partiendo sus débiles troncos, dejando un rastro patente en los berreaderos habituales. Sólo en aquellos casos en los que no ha habido una rendición previa de uno de ellos se llega al contacto, dando derrotes o enfrentando las cuernas y empujándose hasta que uno de ellos se retira vapuleado. El vencedor se queda con el territorio y el harén sin realizar persecuciones del vencido pues cualquier otro macho vendría a intentar cubrir a sus hembras.

Al contrario, sólo él tiene el derecho de ir preñándolas conforme se muestran receptivas.

El enfrentamiento directo entre machos suele ser más una excepción sobreponderada que un hecho habitual. En general, los machos dilucidan sus disputas sin llegar al contacto, evaluando su fuerza y vigor evitando pelear.



Ciervo.



Retirada

Pero esta actividad es muy estresante. Los machos apenas comen y duermen durante este tiempo y han de estar constantemente alerta de otros individuos, realizando hasta veinte saltos al día mientras las hembras pastan tranquilas y aparentemente indiferentes. Así que es normal que la duración de un macho como líder del harén sea sólo de unos días después de los cuales, débil y agotado, será incapaz de seguir defendiéndolo por más tiempo y se retirará dejando paso a otro macho que continuará la actividad reproductora. Al final de la temporada, aún será posible que algún individuo socialmente inferior pueda montar alguna hembra que haya entrado nuevamente en celo por no haber quedado preñada o haber abortado. Su descendencia, sin embargo, tendrá un futuro incierto ya que su nacimiento al año siguiente será muy tardío, con lo que el invierno se les echará encima sin haber llegado a tener un crecimiento suficiente.

Los machos apenas comen y duermen y han de estar constantemente alerta de otros individuos, mientras las hembras pastan tranquilas y aparentemente indiferentes.

Desenlace

Mientras todo esto ocurre, se divisan ya los primeros bandos de torcaes en los hayedos y robledales, avanzadilla de la migración de sus poblaciones del centro y norte de Europa que escapan del invierno.

A mediados de octubre el frío ya es patente en la montaña. Los ciervos comienzan a mudar su pelaje para cubrirse con el invernial, grisáceo y más tupido. Las hembras se agregan para pasar



la época fría. También los machos más jóvenes pasan a hacer grupos de invernada. Los grandes machos, sin embargo, desaparecerán de nuevo en el bosque, solitarios o, como mucho, consintiendo la presencia de algún macho joven. Buscarán los lugares más abrigados y seguros para pasar el invierno, recorriendo a veces grandes distancias en busca de bosques

calientes, abrigados y con alimento, siendo encinares y rebollares sus preferidos por su termicidad y la bellota que producen. No volverán a ser tan visibles hasta la próxima temporada reproductora, en la que deberán volver para garantizar la próxima generación y la supervivencia de la especie.

Observación de la berrea

Este espectáculo natural, atrae a muchos visitantes a nuestros montes, muchos de ellos son usuarios del medio natural durante todo el año. Otros se acercan puntualmente en esta época, atraídos en muchas ocasiones por comentarios oídos. Hoy en día la berrea del ciervo se ha convertido en un fenómeno espectacular y a la vez novedoso para muchos visitantes, incluso para los habitantes de los pueblos de la Sierra. Sin apenas predadores, ayudado por la despoblación de las sierras y el avance del monte, junto con la vigilancia y regulación de su caza, ha permitido que sus poblaciones sean hoy numerosas en buena parte del sur de la Comunidad Autónoma.

La berrea debe observarse con el debido respeto al medio y a la especie. El correcto desarrollo de la berrea permite que los nacimientos de los próximos cervatillos, allá por el mes de junio del año siguiente, se sincronicen con la época de mayor explosión de la vegetación. El acceso a los berreaderos ha de ser sigiloso, siempre a pié, y no conviene acercarse más de lo imprescindible pues la actividad de los ciervos se suspenderá. El uso de catalejos o prismáticos resulta imprescindible

